

### ***Minificción y nanofilología. Latitudes de la hiperbrevedad***

Nacida a la sombra de formas literarias más extensas y lastrada por debates definitorios y controvertidos estatutos genéricos, la minificción ha existido en el espectro narrativo durante siglos, ofreciéndonos una visión más breve y sucinta de la literatura. En los últimos años, la llegada de las nuevas tecnologías y el auge de las plataformas sociales han catapultado su popularidad y fomentado su estudio científico, a pesar de que su actual reconocimiento queda aún lejos de alcanzar los niveles que merece.

Ana Rueda ha compilado en *Minificción y nanofilología. Latitudes de la hiperbrevedad* treinta y siete artículos que abordan el análisis del microrrelato desde distintas perspectivas –creativa, teórica y crítica–, sintetizando contribuciones y ponencias especializadas y recogiendo, al mismo tiempo, los últimos hallazgos que se han realizado en este campo. Nos encontramos ante un diálogo global que se asienta sobre una base bibliográfica e investigadora muy consistente.

La obra, estructurada en seis partes, se inicia con un análisis del estado de la cuestión a cargo de Ana Rueda en la que la autora reflexiona sobre la complejidad definitoria del género breve y su naturaleza cambiante, causa, por otro lado, de conflictos teóricos y de debates. Especialmente interesante es el acercamiento que hace Rueda a los términos que se utilizan para designar esta realidad literaria –minificción, nanofilología y latitudes–, pues nos permite establecer una distinción conceptual nada desdeñable antes de adentrarnos en el resto del libro.

En la primera sección de *Minificción y nanofilología. Latitudes de la hiperbrevedad* –“Creación”– participan cinco autores de microrrelato: tres estadounidenses (John Patrick Allen, John Proctor y Julia Johnson) y dos hispanoamericanos (Raúl Brasca y Ana María Shua). Esta interculturalidad hace que los textos recogidos en este apartado sean heterogéneos y que las consideraciones acerca de la creatividad y la minificción adquieran un carácter más ecléctico. John Patrick Allen proporciona al lector una interesante panorámica de la minificción de 140 caracteres propia de Twitter y reflexiona sobre la esencia de la propia narrativa y sobre el límite entre lo que puede considerarse texto literario o no dentro de las redes sociales.

En el segundo capítulo de la primera parte, John Proctor especula sobre la minificción a partir de la obra *The Beginning and the End*. El autor estadounidense utiliza esta pieza literaria para presentar de forma transversal un concepto clave de su concepción literaria: la “creative nonfiction”, una forma de hacer literatura que se mantiene en constante evolución y que aboga por la adaptación camaleónica al mundo cambiante.

Julia Jonson reincide sobre la confusión terminológica que gira en torno al concepto de microficción. Mientras considera que la amplia variedad de conceptos que se han ido acuñando para definir la literatura breve (nanoficción, flash fiction, etc.) son solo términos que tratan de situar una pieza narrativa de imposible categorización dentro de un encuadre específico, se decanta por el término microficción pues, a su juicio, es el vocablo que mejor recoge la esencia de la literatura breve: su inherente fugacidad.

Ana María Shua presenta un sintético, aunque completo, compendio de recomendaciones para los escritores de microrrelato –todos ellos fruto de su amplia y dilatada trayectoria literaria en este campo–, en los que ahonda sobre diferentes aspectos de la narrativa breve. Su aportación se complementa con las traducciones de *Casa de Geishas* a cargo de Rhonda Dahl Buchanan, en que se pone de manifiesto la importancia del bilingüismo como medio para ampliar el radio de alcance de la minificción.

La Sección 2 de *Minificción y nanofilología. Latitudes de la hiperbrevedad –“Reflexiones teóricas y tipológicas”–* tiene, como su título indica, una orientación más teórica y aborda el microrrelato desde una perspectiva más propia de la teoría literaria y la literatura comparada. En ella se analizan conceptos, metodologías y tipologías que contribuyen a la delimitación especulativa de la microficción. Así, este apartado supone una importante contribución al sempiterno debate que se ha formado en torno a la literatura breve y ofrece al lector una aproximación muy enriquecedora a las diferentes líneas de estudio existentes.

En el primer capítulo de este apartado, Ottmar Ette teoriza acerca de la vinculación entre literatura breve y movimiento. Sus reflexiones son un intento por rastrear a fondo el nexo entre *moción* y *emoción* a fin de dilucidar la vectoricidad de la inquietud en el ámbito de la literatura breve; para ejemplificar sus argumentos, recurre a lo que él denomina “movimiento de la inquietud”, definido por el ensayista a partir de la mecánica de un reloj. Promulga la conexión interdisciplinaria entre las ciencias naturales y las literarias y defiende que las narraciones cortas y ultracortas constituyen un campo de experimentación del pensamiento y de la escritura, debido a sus raíces en los modelos de condensación que provienen de tradiciones literarias globales. La propuesta planteada por Ette sobresale por su profundidad intelectual.

Por su parte, David Roas reitera su argumento –expuesto ya en ensayos anteriores– de que la minificción es una de las muchas variantes que tienen las historias breves, descartando de esta forma la idea de que es un género narrativo independiente. Para el autor esto no implica la negación de la narrativa de corta extensión, algo “absurdo” según él, sobre todo teniendo en cuenta la maquinaria cultural que se ha creado en torno a ella –escritores, lectores, editoriales, conferencias, publicaciones académicas, tesis doctorales, etc.– y en la que el propio Roas se incluye debido a su triple faceta como autor, editor y académico. Ofrece al lector una única forma de reconocimiento de la minificción: su hiperbrevedad que, unida con la exigencia narrativa mínima, constituyen la esencia de este tipo de piezas, pues el resto de características no son exclusivas, ni por tanto definitorias, de la misma.

Raúl Brasca, partiendo de su experiencia como “antólogo recurrente”, ofrece al lector pequeñas píldoras reflexivas sobre la literatura breve, la forma más efectiva de definirla y su carácter contradictorio que le llevan a plantearse incluso su hibridismo. El escritor bonaerense aprovecha este recorrido para deliberar acerca de las antologías y las razones teórica-prácticas y personales que empujan a los antologistas a unir ciertas piezas bajo el paraguas de una misma obra y establecer un orden que, lejos de ser fortuito, sigue una lógica literaria.

Ary Malaver adopta, por su parte, una postura más científico-literaria para abordar su estudio de la microficción. Siguiendo la línea investigadora planteada por Ette, vincula la literatura breve con la nanotecnología y propone dos enfoques nano(tecno)filológicos –uno descendente y otro ascendente– para entender la configuración de este tipo de piezas. El primer enfoque llega a lo minúsculo mediante la

reducción o sustracción mientras que el segundo parte de lo mínimo y se concentra en el ensamblaje de estructuras breves. A partir de esta distinción, establece una clasificación diferenciada de la minificción y considera que los dos enfoques pueden avanzar la discusión sobre la autonomía genérica del microrrelato.

Lauro Zavala analiza la presencia de lo fantástico en la minificción. Partiendo de una interesante reflexión sobre los orígenes de la literatura fantástica, en la que el autor toma a modo de referencia a teóricos, como Roger Caillois, Louis Vax y, especialmente, Tzvetan Todorov, defiende que la literatura fantástica se bifurca en tres tendencias (posmoderno clásico, posmoderno escéptico y posmoderno lúdico), cuya simbiosis ha marcado tanto el cuento como la minificción fantástica latinoamericana. El investigador mexicano recorre algunas antologías destacadas para demostrar de forma documental el lugar estratégico que ocupa la fantasía dentro del campo de las nanoficciones y su presencia mayoritaria en los compendios publicados en los últimos años.

El artículo de Zavala encuentra su extensión en el de Adriana Azucena Rodríguez, en el que la autora establece lo sobrenatural como origen último del microrrelato hispanoamericano. Defiende así mismo que lo sobrenatural mantiene su vigencia como elemento estructural de la literatura breve, reflexiona sobre el carácter metafórico de la nanonarrativa y sobre su capacidad para trasgredir los límites de lo real, a pesar de su escasa extensión.

El apartado se cierra con la contribución de Juan Armando Epple, que cambia por completo de registro al analizar la literatura breve hispana a partir del relato policial. Epple utiliza las modalidades narrativas que estableció en su día Todorov sobre los “géneros” del relato policial para ofrecernos un repaso histórico y literario de esta modalidad microficcional. Aprovecha además este recorrido para perfilar la evolución temática y estructural de los micropoliciales en las últimas décadas: la inclusión de una visión escéptica del papel de la policía oficial; la preferencia mayoritaria hacia las historias de las series negras y de suspense a partir de los años 90; o el uso paródico de los modelos ya establecidos en los micropoliciales de factura más reciente.

La tercera sección de la obra –“Plataformas de producción y difusión”– se centra en los medios que utiliza la minificción para llegar a los lectores así como las plataformas que intervienen en su difusión. Se considera de igual forma la vinculación que existe entre estos soportes, la mayoría de ellos propios de Internet y las nuevas tecnologías, con el crecimiento exponencial que ha vivido la microficción en los últimos años.

Stella Maris Poggian y Ricardo Haye profundizan en las conexiones intrínsecas que existen entre las minificciones y los *mass media* a través de su ensayo “Mini ficciones en los medios: una sociedad con ventajas compartidas”. Consideran que el ecosistema mediático no solo contribuye a la fragmentación cultural –de la que ya hablé en su día Nietzsche– sino que también tienden a reproducirla, favoreciendo así la explosión de las ficciones de carácter breve. Destacan también la presencia de la literatura de corta extensión en los medios audiovisuales, especialmente en el cine, en cuyo origen ya estuvieron presentes las estructuras narrativas breves.

Javier Oswaldo Moreno Caro amplía el estudio de Poggian y Haye al analizar la minificción audiovisual, utilizando como hilo conductor de su investigación la serie animada *MAD*. En su estudio, Moreno Caro analiza la nanonarrativa audiovisual a partir de tres rasgos distintivos: lo fragmentario y lo fractal, la intertextualidad y los mecanismos de producción genérica y basándose en los estudios realizados por Lauro Zavala y Claudia Arroyo Quiroz, en los que abordan la relación de las secuencias

iniciales de las películas con la minificción y el concepto y pertinencia del *recut trailer* dentro de la literatura breve.

Basilio Pujante centra su artículo en el microrrelato digital, más concretamente en la conexión entre *blogging* y literatura breve. Para el autor el aspecto principal que une ambas realidades es la sencillez, aunque reconoce que mientras que para las bitácoras este aspecto ha supuesto un motivo de éxito, para la minificción ha sido el núcleo principal de debates y polémicas. Pujante se muestra partidario de quienes defienden el valor de la literatura breve y reconoce que la sencillez no es motivo de desprecio sino más bien un factor que permite destacar la calidad de los microrrelatos.

Raúl Miranda ofrece una orientación diferente al proporcionar la visión de un cineasta al compendio. A través de la agrupación Minimale que dirige, investiga la minificción documental, poco analizada hasta la fecha, que resulta interesante por sus implicaciones literarias y visuales. A diferencia de los artículos de Moreno Caro y Poggian y Haye, la intervención de Miranda resulta más técnica y orientada claramente hacia el ámbito audiovisual, dejando los argumentos sobre la minificción en un plano secundario.

La Sección 4 –“Marcos para la minificción”– reúne estudios que analizan, desde múltiples puntos de vista, las imbricaciones históricas de la literatura breve. La heterogeneidad de las investigaciones no menoscaba su valor, pues si algo destaca en este apartado es la rigurosidad de fuentes, hechos, datos y bibliografías pertinentes. A fin de aplicar una estructura menos densa, la sección está fraccionada en dos apartados, vinculados a su vez a sectores geográficos muy concretos: Hispanoamérica (México, Perú y Argentina) y Europa (Italia, Rumanía, Portugal, Alemania y Polonia).

Gonzalo Baptista, Natalia Cadillo Alonso, Óscar Gallegos y Karina Elizabeth Vázquez estudian distintos aspectos de la textualidad breve (narrador, aconteceres, poética visual, etc.) a través de la obra minificcional de escritores hispanoamericanos, entre los que destacan José de la Colina, Luisa Josefina Hernández o Luis Loayza, entre otros. Gloria Ramírez Fermín completa este recorrido con el análisis del narrador y de la construcción narrativa en *Crímenes ejemplares* de Max Aub, obra cumbre de la microficción española, en la que se reflexiona sobre lo absurdo de matar y el valor de lo metafísico. En todos estos análisis sobresale el rigor documental y literario, la meticulosidad de las fuentes históricas y el análisis de las trayectorias poéticas de tan diversos y destacados autores de la literatura.

También destacada es la amplísima panorámica de la minificción europea contemporánea que ofrece Barbara Fraticelli, en la que la autora realiza un recorrido por los autores, obras y periodos de esplendor y decadencia de la minificción de las últimas décadas. Aunque breve, proporciona una base contextualizadora de enorme utilidad para que el lector termine la lectura con un cuadro histórico amplio.

Más específicos en cuanto a periodo y circunscripción geográfica son los estudios de Bruno Silva Rodríguez y Margaret Stefanski. El primero estudia la microficción del Modernismo portugués y los rasgos distintivos de la literatura breve lusa durante esta época tan sobresaliente. Mientras que la segunda nos acerca la minificción polaca, muy poco estudiada hasta el momento a pesar de su riqueza narrativa, y analiza la obra de dos autores polacos: Stanisław Stachura y Sławomir Mrożek, adentrándose de forma exhaustiva en su poética y su visión ficcional de la literatura breve.

La Sección 5 –“Breve atlas de la minificción”– es el apartado más parcializado

de toda la obra. Las seis autoras que intervienen en esta sección –Ana Sofía Marques Viana Ferreira, M.J. Fievre, Barbara Fraticelli, Dóra Bakucz, Dimitra J. Christodoulou, Kristín Guðrún Jónsdóttir– pretenden realizar un recorrido por la minificción internacional en áreas geográficas poco estudiadas hasta el momento –como son Haití, Antillas o Islandia–, presentando características definitorias, autores y evoluciones literarias por países o regiones geográficas. Sin embargo, su acercamiento resulta muy ambicioso debido a la vasta extensión de contenido que se pretende sintetizar en menos de un centenar de páginas. Es por eso que los artículos apenas cubren un número reducido de países –como Portugal, Brasil, Italia, Rumanía o Hungría– y ofrecen una visión limitada de los mismos.

Otro aspecto que debe ser mencionado de esta sección son las traducciones de los microrrelatos de sus idiomas originales al español –o en su defecto al inglés– para que el lector pueda adentrarse en los textos de primera mano. Lo novedoso de este detalle es que muchas de estas piezas minificcionales carecían de traducción o bien eran de difícil adquisición lo que supone un avance considerable en la aproximación de la literatura breve internacional.

En la sexta y última sección de *Minificción y nanofilología. Latitudes de la hiperbrevedad* –“El futuro de la minificción”– participan escritores, cineastas, críticos, docentes e investigadores. Cada uno de ellos ofrece temas de investigación inéditos, planteamientos que hasta la fecha no habían sido desarrollados como debieran y que requerían un acercamiento más hermenéutico. Son, en definitiva, breves intervenciones –algunas de apenas una página– que encauzan o simplemente sugieren nuevas líneas investigadoras dentro del campo de la microficción.

Lo valioso, por tanto, de este bloque no es tanto su contenido sino el potencial contenido que puede generar. En este sentido, cabe señalar que ninguno de los autores cae en tópicos y temas manidos sino que ofrecen rumbos inexplorados, bien sea a través de perspectivas novedosas de realidades presentes o posibilidades futuras que apenas despuntan hoy.

Dada su extensión y profundidad, *Minificción y nanofilología. Latitudes de la hiperbrevedad* es uno de los compendios más completo sobre literatura breve de los editados en los últimos años. La multidisciplinariedad de los autores que intervienen, la diversidad temática y la rigurosidad documental hacen que sea una obra referencia y punto de partida de artículos y/o libros más especializados. Constituye de igual forma un homenaje a autores y obras de microficción, que han pasado en muchos casos desapercibidos, y un tributo a investigadores y expertos que se han dedicado durante años al estudio sistemático de la narrativa efímera. Es también un recordatorio de la riqueza y el valor de la literatura breve y una reivindicación de su existencia y de su influencia creciente en la sociedad contemporánea.